

Lengua materna

Angelina Muñiz-Huberman

¿Por qué te empeñaste en darme las palabras?

Las palabras fluían

entre cantos rodados al fin del agua
suave río sin sobresaltos
al principio de cada sonido de plata.

Recogías el verso y medías la gota de rocío

entre silencios de aurora
entre espacios alumbrados.

Días iban y venían

tú en medio.

De tu boca derramabas historias para que no olvidara.

Hilvanabas, tejías.

Unías.

Tanta tristeza.

La muerte por el camino

no se escondía.

Cada guijarro en la palma de tu mano

cada hoja de otoño que crujía
cada música aletargada.

La ardilla cascaba nueces en lo alto del árbol
y tú me la señalabas
y yo no la distinguía.

Aún no sabíamos que mi vista era corta
o tal vez tú sí y por eso alentabas los sonidos.

Creabas los sonidos.

Palabras iban y venían.

Amadas palabras

(cascadas nueces).

Te detenías en cada una para que resonara en eco de mil colores
arcoiris sonoro.

Me regalabas las letras en canciones imperceptibles
que se me desmenuzaban y se me cambiaban
como si la memoria sólo descompusiera lo inevitable
y sólo reconstruyera lo imposible deseado.

Al azar.

Mucho era al azar.

Las palabras al azar.

Pero también jugabas con las palabras atrapadas
peces sin agua en albas redadas.

Era tu sorpresa la sorpresa del antiguo cabalista con la palabra de cada día
que entre la mente, la mano y la hoja caía el fuego negro sobre el fuego blanco.

¿Por qué te empeñaste en darme las palabras?
Madre.

(3 de diciembre de 2017, al amanecer). 